

POLÍTICAMENTE INCORRECTO.

Lope Martín, ejemplar funcionario de Administraciones Públicas durante la semana, se transforma en desmesurado noctívago los viernes y en noctámbulo los sábados. Lleva tres lustros corriendo en pos del amor, mas el amor es mucho más rápido y todos los planes sentimentales que forja de lunes a viernes frente a su ordenador devienen en fracasos el fin de semana frente a la barra de cualquier bar. Lope Martín, borracho una vez más en pleno conticinio sabatino tras haber intercambiado –a falta de amor- fluidos seminales con una treintañal no tan guapa como cara, se cisca en su mala estampa y achaca su pésima suerte a poseer un nombre que parece apellido y viceversa. El alcohol de garrafón lo tumba en la misma puerta del garito donde acaba, invariablemente, derrumbado cada noche de juerga o sucedáneo. Se despierta con tortículis aderezada con un dolor de cabeza terebrante, con un vacío de ochenta y cinco euros en la cartera y el recuerdo de un sueño peregrino: era pequeño y cabezón (y, además, negro), y su vida una porquería. No sabía a qué se dedicaba, sólo que, a diferencia de la vida real, a quienes le venían de frente, los ignoraba, mientras que los retorcidos, los que le buscaban las cosquillas de lado, recibían soberanas palizas. Bronca tras bronca hasta que llegaba al final de una etapa, al borde de un abismo que, paradójicamente, hacía cambiar todo para bien. De ser un don nadie pasaba a ocupar el lugar más importante de su entorno; dejaba de ser pequeño y cabezón para transformarse en alto y estilizado; ya no era lento, sino rapidísimo, y pocos osaban enfrentarse a él.

Un sueño así debería reconfortarlo y, sin embargo, lo dejaba sumido en una desazón inexplicable que empeoraba sus migrañas. La repetición de las mismas hizo que comenzara a creer en la existencia del cielo, a pesar de ser funcionario, pues sí concebía una vida mejor, aquella en la que las sienas no le rebotasen de modo cíclico durante horas que se le antojaban siglos. Echó mano del cuadro médico al que tenía derecho por su condición funcional y eligió

a la doctora Reinoso Gálvez, Elena, *neuróloga, consulta de lunes a jueves de 5 a 9, previa cita*. ¿Por qué se fijó en ese nombre y no en cualquiera de los otros cinco? Sencillo, era la única mujer. Por supuesto que tal confesión quedaba para su fuero interno, no pretendía ser acusado de machista ni mujeriego, y en el caso de que fuera preguntado por lo mismo, respondería que a los pacientes con migraña les es indiferente el sexo de sus neurólogos.

La doctora Reinoso, a más de muy mujer, era rubia. Le hizo las pruebas pertinentes y escuchó con atención el sueño que tanto le preocupaba y al que, en parte, consideraba responsable de sus migrañas. Si así fuera –extremo del que no estaba del todo convencida– necesitaría la ayuda de un psicólogo, por lo que a él lo derivó.

El psicólogo no era rubio, ni tampoco muy mujer, mas sí avisado, y en extremo. Le bastó apenas media hora para saber cómo cazaba la perra, expresión con la que en el argot de su gabinete se referían a los diagnósticos preliminares con visos de confirmación inmediata. Tiró el anzuelo:

- Señor Lope, ¿podría decir que el entorno en el que se mueve es fundamentalmente masculino?

- En el trabajo, sí. Hay mayoría de hombres en la oficina. Y tengo más amigos que amigas, cierto. Pero los fines de semana me suelo rodear de más mujeres que de hombres.

- Y en su infancia, en su juventud, en su educación, en suma, ¿estuvo más arropado por el género masculino que por el femenino? –insistió el licenciado miope.

Antes de responder, Lope Martín intentó encontrar dónde estaba la trampa, pues aquellas preguntas le parecían capciosas, y tan falto de reflejos anduvo que se le vino encima la explicación:

- ... Quiero decir que por su forma de hablar me ha parecido un tanto, ¿cómo decirlo?, en fin, no se ofenda, pero me ha parecido un pelín machista, de acuerdo a...

- ¡Machista!, ¿machista yo? –se indignó el paciente-. ¡Ni por asomo!, ¿cómo puede decir algo así tan a la ligera? Sólo hace minutos que nos conocemos.

- No se altere, tranquilo..., es una impresión temprana, lo sé, y no pretendía ser ofensivo en modo alguno. Sin embargo, me ha llamado la atención el hecho de que en este rato de monólogo no haya empleado palabras como persona, gente, ciudadanía, género, y que siempre haya usado el masculino para referirse tanto a hombres como a mujeres.

Como platos se le abrieron los ojos a Lope Martín. ¿Qué tenía aquello que ver con el origen de sus migrañas?, ¿pretendía aquel listillo que se iba a curar hablando como los políticos: ciudadanas y ciudadanos, escuchadme bien, es hora de que vosotras y vosotros, mujeres y hombres de bien, decidáis que soy la mejor opción a votar...?

- Pues tampoco se ofenda usted, pero quiero interrumpir mi breve terapia en este mismo momento. Si en el gabinete hay algún otro que me pueda atender, se lo agradeceré, de lo contrario buscaré una consulta diferente.

Y como el psicólogo llevaba a rajatabla lo de la paridad, ya que él era varón, quien continuase el caso debía de ser hembra, de manera que lo pasó al despacho contiguo, el de una pelirroja de escote generoso y agraciada tez. Ésta lo dejó hablar, escuchando el peregrino sueño y haciendo alguna anotación de tarde en tarde. Lope Martín, con tal de seguir captando la atención de aquella belleza y poder continuar reflejándose en el verde botella de sus ojos, se habría inventado sueños y pesadillas todavía más insólitas. Mas todo tiene su fin, y llegó el turno de la psicóloga:

- Señor Martín, ¿es usted aficionado al ajedrez?

- Muy poco, alguna partida de vez en cuando. Pero si hay que jugar, se juega – (y si había que hacer el pino-puente para contentarla, pues se hacía, le faltó decir).

- En mi opinión, en su sueño usted se ve como alguien insignificante, un simple peón negro en una partida de ajedrez que, por su esfuerzo y tesón, consigue llegar a la octava fila y

transformarse en dama. Y ahí está el problema. Usted quiere mejorar su status, pero no a costa de su identidad sexual. Con ello no lo tacho de machista ni homofóbico, sólo que no soporta que se dude de su hombría. En definitiva, usted no es machista, sino machote.

La pelirroja había seguido el mismo sendero que su antecesor, al parecer ambos eran deudores en exceso de las enseñanzas de Freud, no obstante, a ella le habría perdonado incluso que lo calificara de metrosexual, quizás el mayor insulto que había tenido que soportar jamás.

- Es un mecanismo inconsciente de defensa, una sublimación onírica de sus temores. Y eso le crea una obligación de demostrar a todas horas que se sitúa en el extremo opuesto. Corrobora mi impresión el hecho, por ejemplo, de que visitara a la doctora Reinoso, según veo en su expediente, ¿no cree?

Era otra pregunta trampa, estaba seguro, sólo que esta vez no quería causar una mala impresión.

- Señor Martín, ¿por qué eligió a una doctora en lugar de a un doctor?

Había que medir muy bien las palabras, así que tomó aire y se lanzó:

- Los y las pacientes con migraña prefieren a sus neurólogos o neurólogas rubios o rubias.

La psicóloga sonrió pícaramente y tuvo que admitir que Lope Martín aprendía muy rápido. Fue sincera y diagnosticó que aquel sueño nada tenía que ver con su migraña, que haría bien en volver a la neuróloga, al margen de que continuara con algún tipo de terapia psicológica, pero por otros motivos.

- Por supuesto. Estooooo, ¿tendría usted, doctora, inconveniente en seguir tratándome?

- En absoluto.

Año y medio más tarde, cuando las migrañas habían desaparecido porque su causa, la ingesta excesiva de alcohol, los excesos aberrantes de fin de semana y la ansiedad por encontrar pareja terminaron, ella le preguntó: “¿Por qué quisiste que te siguiera tratando yo?”.

Antes de besarla (llevaban meses saliendo), contestó con un convencimiento atroz:

- Porque los hombres con complejos preferimos a psicólogas pelirrojas. Y, a poder ser, muy guapas.